



CATEQUESIS NÚMERO 5

LA FAMILIA A LA LUZ

DE LA PALABRA

Capítulo 1 de Amoris Laetitia



Diócesis de La Dorada-Guaduas



Introducción

Para ayudar a la reflexión personal y grupal, este tema selecciona frases del capítulo 1 de la Exhortación Apostólica. En este capítulo 1, el Papa Francisco toma el Salmo 128 y va presentando distintos aspectos familiares que en él se tratan: la pareja, los hijos, el trabajo, los problemas y la ternura.

- La Biblia está poblada de familias, de generaciones, de historias de amor y de crisis familiares, desde la primera página, donde entra en escena la familia de Adán y Eva (...) hasta la última página donde aparecen las bodas de la Esposa y del Cordero (cf. Ap 21,2.9). (no.8)
Preparándonos para adornar nuestra casa con las luces y adornos navideños y propiciando un ambiente de edificación familiar, les proponemos desarrollar una manualidad en familia.



Oremos Juntos

Las dos casas que Jesús describe, construidas sobre roca o sobre arena (cf. Mt 7,24-27), son expresión simbólica de tantas situaciones familiares. (...) Entremos ahora en una de esas casas, guiados por el Salmista” en el Salmo 128. (no.8)

**“¡Dichoso el que teme al Señor, y sigue sus caminos!
Del trabajo de tus manos comerás, serás dichoso, te irá bien.
Tu esposa, como parra fecunda, en medio de tu casa;
tus hijos como brotes de olivo, alrededor de tu mesa.
Esta es la bendición del hombre que teme al Señor.
Que el Señor te bendiga desde Sión, que veas la prosperidad de Jerusalén, todos los días de tu vida;
que veas a los hijos de tus hijos.
¡Paz a Israel!”
(Sal 128,1-6).**



Profundicemos

La Pareja

Atravesemos el umbral de esta casa serena, con su familia sentada en torno a la mesa festiva. En el centro encontramos la pareja del padre y de la madre con toda su historia de amor. (no.9)

La pareja que ama y genera la vida es la verdadera “escultura” viviente -no aquella de piedra u oro que el Decálogo prohíbe-, capaz de manifestar al Dios creador y salvador. (no.11)

El amor fecundo llega a ser el símbolo de las realidades íntimas de Dios. Nos iluminan las palabras de san Juan Pablo II: “Nuestro Dios, en su misterio más íntimo, no es una soledad, sino una familia. (no.11)

En el amor los silencios suelen ser más elocuentes que las palabras. (no.12)

El verbo *unirse* en el original hebreo indica una estrecha sintonía, una adhesión física e interior, hasta el punto que se utiliza para describir la unión con Dios: “Mi alma está unida a ti” (Sal 63,9), canta el orante. (no.13)

Los hijos como brotes de olivo

Retomemos el canto del Salmista. Allí aparecen, dentro de la casa donde el hombre y su esposa están sentados a la mesa, los hijos que los acompañan: “como brotes de olivo” (Sal 128,3) (no.14)

Es significativo que en el Antiguo Testamento la palabra que aparece más veces después de la divina (el “Señor”) es “hijo” (ben), un vocablo

que remite al verbo hebreo que significa “construir” (banah). (no.14)

En el Nuevo Testamento se habla de “la iglesia que se reúne en la casa” (cf. 1 Co 16,19; Rm 16,5; Col 4,15; Flm 2). El espacio vital de una familia se podía transformar en iglesia doméstica, en sede de la Eucaristía, de la presencia de Cristo sentado a la misma mesa. (no.15)

Es inolvidable la escena pintada en el Apocalipsis: “Estoy a la puerta llamando: si alguien oye y me abre, entraré y comeremos juntos” (3,20). (no.15)

La Biblia considera también a la familia como la sede de la catequesis de los hijos. Eso brilla en la descripción de la celebración pascual (cf. Ex 12,26-27; Dt 6,20-25)... [Dios] mandó a nuestros padres que lo enseñaran a sus hijos... Que surjan y lo cuenten a sus hijos» (Sal 78,3-6). (no.15)

La familia es el lugar donde los padres se convierten en los primeros maestros de la fe para sus hijos. Es una tarea artesanal, de persona a persona: “Cuando el día de mañana tu hijo te pregunte [...] le responderás...” (Ex13,14). (no.16)

- El Evangelio nos recuerda también que los hijos no son una propiedad de la familia, sino que tienen por delante su propio camino de vida. (no.18)





En la atención que Jesús presta a los niños — considerados en la sociedad del antiguo Oriente próximo como sujetos sin particulares derechos e incluso como objeto de posesión familiar—, Jesús llega al punto de presentarlos a los adultos casi como maestros. (no.18)

El que se haga pequeño como este niño, ese es el más grande en el reino de los cielos» (Mt 18,3- 4). (no.18)



Un sendero también de problemas

La Palabra de Dios no se muestra como una secuencia de tesis abstractas, sino como una compañera de viaje también para las familias que están en crisis o en medio de algún dolor, y les muestra la meta del camino” (no.22)

El idilio que manifiesta el Salmo 128 no niega una realidad amarga que marca todas las Sagradas Escrituras. Es la presencia del dolor, del mal, de la violencia que rompen la vida de la familia (no.19)

Es un sendero de sufrimiento y de sangre que atraviesa muchas páginas de la Biblia, a partir de la violencia fratricida de Caín sobre Abel y de los distintos litigios entre los hijos y entre las esposas de los patriarcas Abraham, Isaac y Jacob, llegando luego a las tragedias que llenan de sangre a la familia de David, hasta las múltiples dificultades familiares que surcan la narración de Tobías o la amarga confesión de Job abandonado: “Ha alejado de mí a mis parientes, mis conocidos

me tienen por extraño [...] Hasta mi vida repugna a mi esposa, doy asco a mis propios hermanos” (Jb 19,13.17).” (no.20)

Jesús “conoce las ansias y las tensiones de las familias incorporándolas en sus parábolas: desde los hijos que dejan sus casas para intentar alguna aventura (cf. Lc 15,11-32) hasta los hijos difíciles con comportamientos inexplicables (cf. Mt 21,28-31) o víctimas de la violencia (cf. Mc 12,1-9).” (no.21)

Ante cada familia se presenta el icono de la familia de Nazaret, con su cotidianidad hecha de cansancios y hasta de pesadillas, como cuando tuvo que sufrir la incomprensible violencia de Herodes, experiencia que se repite trágicamente todavía hoy en tantas familias de prófugos desechados e inermes. (no.30)

La ternura del abrazo



En el horizonte del amor se destaca también otra virtud, algo ignorada en estos tiempos de relaciones frenéticas y superficiales: la ternura. (no.28)

Por eso el salmista canta: «Tengo mi interior en paz y en silencio, como un niño destetado en el regazo de su madre» (Sal 131,2). (no.28)

Podemos acudir a otra escena, donde el profeta Oseas coloca en boca de Dios como padre estas palabras conmovedoras: “Cuando Israel era joven, lo amé [...] Yo enseñe a andar a Efraín, lo alzaba en brazos [...] Con cuerdas humanas, con correas de amor lo atraía; era para ellos como el



que levanta a un niño contra su mejilla, me inclinaba y le daba de comer” (11,1.3-4). (no.28)



La familia está llamada a compartir la oración cotidiana, la lectura de la Palabra de Dios y la comunión eucarística para hacer crecer el amor y convertirse cada vez más en templo donde habita el Espíritu. (no.29)

Como María, son exhortadas a vivir con coraje y serenidad sus desafíos familiares, tristes y entusiasmantes, y a custodiar y meditar en el corazón las maravillas de Dios (cf. Lc 2,19.51). En el tesoro del corazón de María están también todos los acontecimientos de cada una de nuestras familias, que ella conserva cuidadosamente. (no.30)



Durante el tiempo de Adviento y en familia vamos a armar la cuna al niño Jesús. Cada semana se construirá una parte.

